

Enfoque crítico de la psicología nacional: de Aleko a Ortega

DANIELA KOZHUJAROVA

Universidad de Economía Nacional y Mundial de Sofía

RESUMEN: El dolor por las sociedades que les tocó vivir, una recién emergida de la desastrosa guerra colonial y la otra, con 20 años de anticipación, recién emancipada de una dominación foránea de 5 siglos, dos sociedades antaño en transición y en crisis - lanza a dos espíritus selectos, Aleko y Ortega, a practicar la crítica como patriotismo. Complejos de marginación, de inferioridad, travestidos o no de superioridad, activaron en ambas sociedades fuerzas centrípedas, europeizadoras. No obstante otro factor relevante estaba en juego, el del carácter nacional. Habiendo intuido la autora, desde su temprana infancia en España, las afinidades temperamentales y behaviorísticas entre búlgaros y españoles, su singular humanidad y hospitalidad, experimentó, a su vez, el dolor del atraso. España, gloriosa, ya lo ha superado. Bulgaria, sólo institucionalmente. ¿Tendrá voluntad para rehacerse, indistintamente de los pícaros, de los arribistas, que siguen trepando como lo hizo antaño el compadre Ganyo ?

PALABRAS CLAVE: Bulgaria, atraso, sociedad, patriotismo.

LA CRÍTICA COMO PATRIOTISMO

El dolor de España, al ser concienciado como tal en el ocaso del s. XIX, agudizado por el Desastre, tuvo las más diversas expresiones, desde el diagnóstico afflictivo de Me duele España por la contracción hermética de Adentro hasta la expansión exhortativa de la Europeización.

La paleta de actitudes de los intelectuales y escritores búlgaros, recién emergido el país del dominio otomano, formaría afín triángulo. La problemática de la correlación entre lo búlgaro y lo europeo se convierte en esencial al extinguirse el s. XIX e iniciarse el XX. El patriarca de literatura búlgara Iván Vázov intenta inscribir lo nuestro, lo propio en lo universal. Su fin es hacer resaltar lo búlgaro demostrando que es equiparable a lo foráneo y forjando de esta manera la autoestima nacional.

La reacción de Aleko Konstantinov es harto divergente: él parodia el mito nacional y en particular el acuñado por Vázov sobre el valor supremo de lo búlgaro al crear su antimito. En su libro de viajes Ida y vuelta de Chicago Aleko sólo marca la presencia de Bay Ganyo, el compadre Ganyo, de forma condescendiente e irrisoria centrándose más bien en lo foráneo. La primera parte de Bay Ganyo

resulta también un libro de viajes, pero en este viaje que realiza el protagonista ahora por Europa el desplazamiento se mantiene en su magnitud física quedándose el personaje moral y culturalmente estático, impoluto de aliento civilizador, incapaz de alcanzar el espíritu europeo ni en su quinta esencia, ni aún a nivel de conducta. Los enfoques de Vázov y Aleko resultan antagónicos siendo el primero el creador y el segundo el destructor del mito, pero el punto de partida, sin embargo, es idéntico, les duele Bulgaria.

Aleko Konstantinov vive y crea en una época de transición cuando habiendo emergido recientemente victoriosos en cuanto a la unificación nacional los búlgaros se sumergen plenamente en el desorden social. Heredero de los intelectuales renacentistas que se han mantenido honrados y dignos en las turbulencias sociales, Aleko no titubea en sacrificarlo todo en la persecución de sus ideales. Menosprecia en lo más hondo de su ser la sociedad de arribistas, de parvenus que se va consolidando al igual que aquella riqueza gris que van acumulando. En su artículo satírico *Pasión* (Страсть) crea el retrato de Stastlivetsa para quien la riqueza viene marcada si no con ignominia, por lo menos con un poco de vileza. No se avergüenza al iniciar su escrito a reconocer que el dinero no le alcanzaba ni para comprarse pitillos.

Humor fresco y sano o sátira acerba se entretajan en su obra, empapados en mayor o menor grado del dolor de Bulgaria. Aleko es un aristócrata del espíritu que ha cortado adrede sus lazos con la prosperidad material y el poder, en aras de su libertad espiritual. Un verdadero abismo separa al Afortunado de las masas jactanciosas y cutres y él las desenmascara. En el mismo artículo *Pasión* bajo el brillo exterior yacen compromisos humillantes, crímenes, actos ruines. Para Aleko el ascenso social, la carrera y la opulencia son alcanzables en aquel momento histórico que atraviesa el estado emergente búlgaro sólo perdiendo en dignidad humana, trepando, llegando los humanos a la condición de invertebrados. La virtud personal resulta incompatible con la elevada posición social, la sociedad ha bloqueado todas las vías honestas de prosperar, de hacer carrera dignamente, gracias al honrado esfuerzo y al talento, invirtiendo los signos de lo moral y lo socio-político: mientras más alto se está en uno de ellos, mutatis mutandis, más habrá que hundirse uno en el otro.

Ortega también se alinea en la fila de los censores de su sociedad. Con en fin de mejorarla. “Tiene que parecernos perverso un patriotismo sin perspectiva, sin jerarquías, que acepta como español cuanto ha tenido a bien a producirse en nuestras tierras, confundiendo las más ineptas degeneraciones con lo que es España esencial”. (Ortega, 1990:172) Ortega arremete en 1914 contra el escapismo retrospectivo que aniquila, según él, la posibilidad de España.

No, no podemos seguir la tradición; todo lo contrario, tenemos que ir contra la tradición, más allá de la tradición. De entre los escombros tradicionales nos urge salvar la primaria sustancia de la raza, el módulo hispánico /.../ En un grande incendio deberíamos quemar la inerte apariencia tradicional y luego, entre las cenizas bien cribadas, hallaremos como una gema iridiscente, la España que pudo ser. (Ibid.)

CRONOS Y TOPOS DE DOS SOCIEDADES EN CRISIS

El espíritu crítico moderno va aflorando en España, con anticipación inmediata de Ortega, en torno a la crisis del 98 que sobreviene 20 años después de la emancipación búlgara. Transformándose la guerra colonial en guerra con los Estados Unidos, los resultados son nefastos para España a diferentes escalas. En lo económico, la pérdida del mercado colonial asesta un golpe a la industria textil catalana,

el negocio del azúcar se tambalea y Cataluña sufre una crisis financiera e industrial. En lo bélico, las jerarquías militares se sienten relegadas socialmente e intentarán compensar la humillación del Caribe y del Pacífico en la agresión africana. A escala popular, el embarco de tropas para Marruecos destapa la así llamada Semana Trágica en Barcelona en 1909. El espectáculo de las numerosas bajas de soldados resulta acongojador. En la concienciación nacional España, hasta aquel momento metrópoli aunque en acerbada contracción deja de oír su estertor para alinearse con los marginados por las nuevas superpotencias.

No obstante la mayor frustración es la de los intelectuales que optan por actuar dentro o fuera del sistema vigente. Unos apoyan ora la Monarquía, ora la República – Cánovas, Sagasta, los otros, anarquistas o socialistas, se oponen al sistema. El desengaño y la angustia con la pérdida de la aún imaginada grandeza española no conduce a ninguna protesta organizada: los intelectuales están atónitos. La circunstancia histórica que les toca vivir lanza a algunos de ellos a participar, en su juventud, en movimientos anarquistas o de izquierda (Unamuno, Azorín) para buscar más tarde en medios ajenos a la política la manera de rescatar a España.

En la escena literaria irrumpe una pléyade de escritores y pensadores, tildados a posteriori y con fortuna por “Azorín” con el marbete más significativo de la época: la generación del 98. Lo que les caracteriza es el amor a la patria, pero un amor punzante, doloroso. El salto cualitativo que dan es evadirse de las glorias pasadas para buscar en el alma misma del pueblo, en la intrahistoria, los vehículos de la regeneración nacional. Su postura es crítica, opuesta a la España de la Restauración. El problema de España permanece vivo, palpitante. Los noventayochistas sueñan con la regeneración de España mediante la recuperación de los valores nacionales más que a través de la puesta en marcha de un programa de reformas sociales y mejoras materiales. El fundamento de su ideología es que los cambios en el alma del pueblo han de preceder a los económicos y sociales. Aunque la óptica noventayochista resultase inversa a las prácticas de los estadistas modernos fue una óptica creativa que dentro de la insatisfacción social y nacional lanzó un mensaje ético positivo: Aunque fracasasen los valores tradicionales de una sociedad estancada la integridad y dignidad individuales podrían quedarse no contaminadas, no comprometidas, dándose el caso de algunas personalidades selectas. Como un Aleko dentro de la contaminación moral de su contorno búlgaro del momento.

En España la decadencia que cristaliza con el desastre se va gestando a partir de la segunda mitad del reinado de Felipe II tras una espectacular hegemonía del siglo español por excelencia: el XVI. Las razones económicas parten de la incapacidad de usar apropiadamente el oro americano que termina en manos de banqueros europeos. La expulsión de árabes, moriscos y judíos agrava la situación, no se fomenta la industria, la agricultura es improductiva, y antes que nada, no se concienza el trabajo como posible base de la riqueza nacional. Además para Castilla tuvo que ser una carga extenuante el tener que sufragar los gastos del sueño imperial de Carlos I de Habsburgo.

La historia secular búlgara, por su parte, es una incesante y sinusoidal secuencia de apogeos y recaídas. En 1393 está por extinguirse el segundo reino búlgaro empeñado el imperio otomano en la conquista de la península balcánica. El 17 de julio la capital, la ciudad de Tarnovo, es conquistada. Durante el yugo turco la población búlgara, en su mayor parte rural, agotada por las guerras, se dedica a las actividades agrarias. Los estamentos que se perfilan son los de los campesinos, artesanos y comerciantes, formándose la clase alta de los chorbadzhii. Los productos del agricultor búlgaro, del artesano abastecen no solamente a la población turca no productiva, sino también al ejército. La época del Renacimiento búlgaro es una de las cumbres de nuestra historia. Obedeciendo a la ley de los turnos entre apogeos y recaídas tras ésta se desploman súbitamente los valores e ideales renacentistas. Bulgaria

perde los lazos que la unían a la sociedad patriarcal sin poder encontrar aún la vía correcta hacia la Europa civilizada.

Es esta realidad degradante la que descombra el camino para la sátira, incluso para la epopeya cómica. Análogamente al surgimiento de la picaresca al iniciarse la decadencia española los degradantes matices de lo cotidiano se traducen en Bulgaria en una necesidad histórica del nacimiento del pícaro búlgaro: bay Ganyo. Decae la novela de caballerías en España al extinguirse el espíritu español de conquista en el Nuevo Mundo; en Bulgaria la epopeya que cantaba la lucha por la independencia contra los turcos cede paso a lo cómico o a lo burlesco.

UN PÍCARO BÚLGARO: EL COMPAY GANYO

(O pícaros de hoy y antaño)

A Bay Ganyo, producto de su circunstancia, le toca desvernarse entre la puesta de la época renacentista búlgara y la salida de la postindependentista. Bay Ganyo resulta ligado con ambas: por un lado hereda el instinto esclavo del búlgaro, la mentalidad de los rayá (пая, del árabe-turco), que resultan los mozárabes búlgaros en el imperio turco. Por otro, intenta seguir, parodiándolo sin querer, el modelo de conducta del revolucionario renacentista.

El peso del pasado reciente impide no obstante que el personaje se integre en el nuevo ambiente social. En el compadre Ganyo persiste el hermetismo propio del esclavo, mecanismo de defensa que le ha permitido sobrevivir con el correr de los siglos. Su pánico, incomprensible para el que lo había hospedado en su casa, el intelectual checo Irechek, de que no le roben sus frasquitos de madera con esencia de rosas, expresa este instinto de autodefensa. La incesante oposición que Ganyo hace entre lo búlgaro y lo foráneo también refleja el instinto esclavo de preservación de lo propio, de la identidad nacional. Bay Ganyo siempre se muestra incrédulo en los motivos que impulsan los actos de los extranjeros.

El pícaro búlgaro de finales del s. XIX resulta un travestido de civilización. Al igual que Lazarillo trueca la armadura de los caballeros andantes en agujereado pespunte, el yelmo - en sombrero y la espada - en cuchillo, bay Ganyo se quita la capa campesina, el yamurluk, para intentar parecer civilizado llevando un manto belga. Este travestismo expresa la voluntad búlgara del momento de desquitarse categóricamente del pasado, intentando unirse, si no dominar, a Europa, un mundo nuevo, civilizado, hasta hace poco velado, si no vedado.

A través del viaje del personaje Aleko, como otros tantos clásicos de la literatura universal, ratifica la verdad universal de que cada pueblo, o individuo, intenta y llega a conocerse, a evaluarse a sí mismo comparándose con los demás pueblos (o personas). Como homo Viator nuestro personaje se muestra capaz de adaptaciones, de metamorfosis, no obstante éstas resultan extrínsecas, no alteran su verdadera esencia. Bay Ganyo no se muestra cohibido por ser representante de una pequeña nación, intenta portarse como persona libre que tiene por delante las posibilidades de prosperar social y nacionalmente, como representante de una nación que intenta hallar su puesto entre los demás pueblos. No obstante su incredulidad en todo y en todos, el orgullo inquebrantable con el que grita con la voz en cuello “Bulgar –Bulgar “ expresará sin duda un complejo de inferioridad balcánica de nuevo travestido de complejo de superioridad.

En la primera parte de la novela el filisteo Ganyo, sin embargo, es aún inofensivo y lo cómico, lo

anecdótico supera el dolor y la vergüenza de su manera de actuar. Aleko intenta disculparlo, entenderlo, incluso empieza a creer que éste podría cambiar. (Konstantinov, 2002:207-8, la traducción es mía).

Como si alguien me sugiriese: ” No menosprecies a este simplón, apicarado, caro infeliz, él resulta engendro del medio chabacano, víctima de maestros chabacanos; el mal no radica en él mismo, sino en la influencia del entorno. Bay Ganyo es activo, juicioso, buen aprendiz – ¡sobre todo, buen aprendiz! Si se deja bajo la influencia de un buen maestro será capaz de hacer milagros. Bay Ganyo ha ido mostrando hasta el momento sólo su energía animal, pero tiene escondida y almacenada una potencial fuerza espiritual que sólo espera un impulso moral para volverse fuerza viva.

En la segunda parte la comedia se vuelve tragedia social. El compay Ganyo ya ha vuelto de Europa, como indica el mismo título de ésta, y aunque durante su viaje haya permanecido éticamente impoluto de influencias benignas, su estancia en el extranjero le sirve para presumir de europeo entre sus compatriotas. Ahora Bay Ganyo de homo viator se transforma en arribista político, en un camaleón de oficios que podrían proporcionarle más rápido ascenso social o lucro mayor. Lazarillo cambia de amos, bay Ganyo también. Pero mientras el imberbe pícaro lo hace para ganarse el pan, para conciliar el hambre, bay Ganyo tiene el listón más alto: prosperar indistintamente de los mecanismos usados para lograrlo. “Por ahora pienso que debemos estar con el gobierno /.../ luego, al husmear que se están tambaleando, les daremos una patada y con los nuevos, a gobernar, ¿eh? (Konstantinov, 2002:265, la traducción es mía). En la política exterior mantiene la misma línea de conducta: por considerarse incapaz de predecir quiénes serán los potentes del día de mañana, propone un abrazo tanto con los rusos como con los alemanes. (Ibíd.:230) Protagonista de una época de transición, nuestro compadre es portador de las características del arribista a quien le falta orientación política. Toma parte activa en la vida política, se arrima con facilidad a los fuertes del momento.

La transmutación profesional de Ganyo va de político a periodista. Su patriotismo de la primera parte, aunque hermético y compensador del complejo subconsciente de inferioridad, pero patriotismo en fin, ya se ha vuelto patriotería. La crueldad y la iniquidad de la vida política saltan a la vista. En los círculos de bay Ganyo la libertad también ha degenerado en la más arbitraria anarquía. Esta cunde durante las elecciones que organiza Ganyo – muestra típica y despiadada del panorama político del momento. Su estrategia electoral es así de simple: más vino y rakiya (aguardiente) en el barrio de los gitanos. Quiénes será los candidatos - da igual. “Pon un asno como candidato, y este asno sabré hacer que lo elijan”. (Ibíd.: 240)

El personaje de bay Ganyo ocupa un puesto intermedio entre una realidad social que se va desmoronando, lenta y dolorosamente, y otra que se va edificando en torno a una nueva vértebra jerárquica de valores. Las tradiciones de su prosapia, las normas morales de su nación y entorno ya no le sirven de apoyo, por otro lado tampoco ha podido construir su propio esqueleto moral. Y en cuanto exista, es deformado, contrahecho: al ejercer de periodista no le cuesta nada denigrar; el amor para él, como para los pícaros, es una forma de atrapar incautos, de obtener beneficios materiales.

Mediante las peripecias de este búlgaro de la época Aleko hace una disección de los puntos neurálgicos de la vida social, política y espiritual búlgara, de su psicología y mentalidad. No se deja en el tintero las verdades sobre lo búlgaro y los búlgaros – atraso moral y material, miseria espiritual, falta de tradiciones democráticas, de educación, falta de capacidades de adaptación al nuevo espacio europeo al que ya deberíamos integrarnos después de la independencia.

En vez de trabar amistad con los franceses, los alemanes, los ingleses, siempre ejemplares en sus

fiestas, en sus trabajos, en vez de asimilar su espíritu de decencia, de laboriosidad, de honestidad, de generosidad – ellos, los nuestros, encontraban su ideal en los judíos, o en los griegos, o en algunos armenios que de la forma más ruin explotaban sus medios y fuerzas, arrastrándoles en la íntima atmósfera de su palabreo rencoroso, palurdo y vano” (Konstantinov, 2002:198, la traducción es mía),

comentaría Aleko durante la estancia de bay Ganyo en Suiza.

“Somos europeos, pero no del todo”, exclamaría Aleko dejando abierta para las generaciones venideras nuestra adhesión plena a la gran familia europea.

EL DIAGNÓSTICO DEL MAL: ORTEGOSCOPIA

(ensayo de ensayo de su aplicación a la realidad búlgara de hoy)

El dictamen de Ortega, nacido 20 años después de Aleko, en cuanto a los males que acosan a España, es de la misma calaña: falta de europeísmo y patología nacional de profunda raigambre histórica.

Siempre que en Francia o Alemania he asistido a una reunión donde se hallase alguna persona de egregia inteligencia, he notado que las demás se esforzaban en elevarse hasta el nivel de aquella. Había un tácito y previo reconocimiento de que la persona mejor dotada tenía un juicio más certero y dominante sobre las cosas. En cambio, siempre he advertido que en las tertulias españolas – y me refiero a las clases superiores/.../ acontecía lo contrario. Cuando por azar tomaba parte de ellas un hombre inteligente, yo veía que acababa por no saber donde meterse, como avergonzado de sí mismo. (Ortega, 2006:115)

Con frecuencia, hoy en día, en conversaciones particulares entre búlgaros, y no me refiero sólo a las clases superiores, sucede lo mismo. En reuniones profesionales, igual. Más bien la reacción búlgara tipo sería permanecer ciego y sordo ante las virtudes ajenas, rebajando sus logros, achacándoles sin embargo cualquier fallo o errata que pudiesen cometer los que osan descollar, de una forma u otra. Afín actitud observa Ortega al comentar el público español del siglo anterior: “la sospecha de que alguien pretenda entender de algo un poco más que él, le pone fuera de sí”. (Ortega, 2006:79). Un poco más abajo: “los peores, que son los más, se revuelven frenéticamente contra los mejores”. Y lo contrasta de nuevo con franceses y alemanes que al ver “una persona de egregia inteligencia /.../ se esforzaban hasta elevarse hasta el nivel de aquella” (Ortega, 2006:115)

En fin, igualitarismo peninsular, fuese ibérico o balcánico. Lo denominaría Ortega “odio a los mejores”. Quizá fuese el hecho de haber estado ambos pueblos secularmente dominados por otros de cultura y religión divergentes a las nuestras lo que nos hizo fijarnos más en el otro, agudizando nuestro sentido de identidad, quizá fuese nuestra común raigambre rural, quizá incluso el hecho de haber tenido dinastías extranjeras lo que nos haya tullido de cierta manera para poder aceptar la jerarquía, la posible superioridad, ni como vía de superarnos.

Otro de los males diagnosticados por Ortega es el “particularismo o la acción directa”. Entiende éste por particularismo el “dejar de sentirse a sí mismo como parte, en consecuencia, dejar de compartir los sentimientos de los demás” (Ortega, 2006:47) Desenvuelve Ortega tal observación en cuanto a la mentalidad, al sentir popular de las comunidades históricas, enfocando la problemática profunda del catalanismo y bizcarrismo. La acción directa resulta derivada del primero. Trasladado este binomio a la actuación búlgara presente, y pasada, obtendríamos una disgregación a nivel más sustancial, hallando

el archifamoso individualismo búlgaro. Pueblo con altísimos índices de inteligencia per capita, pueblo pequeño cuyos alumnos ganan las Olimpiadas mundiales de Matemáticas, o las que podrían considerarse ajenas a éste como las de Ortografía francesa, resulta secularmente incapaz de obrar en conjunto. Y podríamos encontrar en nuestro Parlamento sólo una de sus múltiples expresiones. Funciona éste de la manera más antagónica posible al lema de khan Kubrat que le sirve de insignia: "La unión hace la fuerza". Resulta nuestra sociedad negadora por antonomasia de la ley matemática de que el todo es igual a la suma de sus partes. Dolorosamente, nuestro todo es mucho menos que la suma de sus partes, y deberíamos luchar, por llegar a ser, como había exclamado Alejandro Magno, lo que somos capaces de ser.

La coincidencia en "los errores y los abusos políticos, los defectos de las formas de gobierno, el fanatismo /.../, la llamada incultura" (Ortega, 2006:111) merecería únicamente nuestro No comment. Aquí sólo falta sumarnos a la consideración orteguiana de que ésta es, al contrario de lo que se suele creer, sólo la "capa somera" (Íbid: 111) del mal. Es más bien la visualización, la expresión del mal. Difícilmente podría ser su panacea. Versa un refrán popular búlgaro: Cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Porque de pueblos dotados no saldrían con pasmosa persistencia políticos tullidos, corruptos y nefastos para el país.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Por falta de tiempo, y de espacio, no podemos extendernos más en los paralelismos. Lo haremos en otro selecto foro, prosiguiendo con las afinidades caracterológicas entre nuestros dos pueblos antaño periféricos. Y con las divergencias. Pasadas y contemporáneas. No nos gustaría, sin embargo, que estas páginas sonasen de sobremanera pesimistas. Al contrario, consideramos el diagnóstico del mal como paso ineludible para su curación.

Atravesan las sociedades, como las personas, edades que traen su problemática específica. Y nos parece la nuestra contemporánea muy afín a la invertebrada comentada por Ortega. Nos parece igualmente muy certera la afirmación orteguiana de que "trátase de un pueblo, o de una nación, su destino vital depende en definitiva de las propensiones afectivas de su carácter" (Íbid: 111). Hace 3 años, en otro evento bilateral, "El primer encuentro hispano-búlgaro sobre transición y política", celebrado el 26 de agosto en este mismo Centro de español en la Universidad de Sofía "San Clemente de Ojrid", en una ponencia intitulada "La Europeización de Bulgaria y de España en sus procesos de transición" intenté examinar la primera parte del binomio imperativo orteguiano: el imperativo de europeización. Institucionalmente Bulgaria todavía estaba en proceso de preadhesión, hoy ya es miembro de facto de la UE. En la presente ponencia he intentado una aproximación a la segunda parte del binomio: el carácter nacional. En diacronía.

Halagaría pensar que, si España supo dar, ante los ojos del mundo entero, un salto formidable en su desarrollo tras su transición política y su integración a la UE, contestando afirmativamente a la interpelación orteguiana de si tendría voluntad para rehacerse, el pueblo búlgaro, partiendo de afín panorama caracterológico, portador de las lacras de las inevitables circunstancias históricas que supo, sin embargo, atravesar, sería capaz de dar un salto similar, por desalentador que nos parezca a veces nuestro entorno social y estatal.

BIBLIOGRAFÍA

- КОНСТАНТИНОВ, А (2002): Бай Ганьо, До Чикаго и назад, Фейлетони, София, изд. Захари
Стоянов
- ORTEGA Y GASSET, J (1985): El espíritu de la letra, Madrid, Cátedra
- ORTEGA Y GASSET, J (2006): España invertebrada, Madrid, Alianza editorial
- ORTEGA Y GASSET, J (1990): Meditaciones del Quijote, Madrid, Cátedra